

Juan Valiente encomendero de Concepción

LEONARDO MAZZEI
Instituto de Antropología, Historia y
Geografía, Universidad de Concepción

Refiriéndose a las características del proceso de Conquista española, el destacado historiador don Néstor Meza Villalobos explicaba que “en las Indias, donde todo era nuevo y nadie requería sobre el pasado, “los hijos-dalgos” y los plebeyos comenzaban del mismo modos su carrera por la honra”. Y agregaba: “No existían otros méritos que las obras y con ellas todos los conquistadores aspiran a ser hidalgos y a obtener un escudo de armas para dejar “perpetua memoria”.

De ello se derivó una estructura social inestable, en la que llegaron a confundirse las aspiraciones señoriales heredadas del medievo y las nuevas motivaciones originadas en el afán capitalista naciente. La cúspide de esa estructura social la ocuparon los encomenderos, a quienes se les concedía el tributo de los indios transformado generalmente en una prestación de servicios personales. El encomendero dispuso de mano de obra para sus proyecciones económicas, volcadas fundamentalmente en la sed de oro, a la vez que mediante esa riqueza podía lograr la satisfacción de sus appetencias sociales.

Quienes alcanzaron tal categoría, la de encomendero, conforme al espíritu de la época no fueron sólo los pocos que tenían linaje, sino gente de la más variada condición social. El esquema se repitió en todo el ámbito de la Conquista y no estuvo ausente, por cierto, en la ciudad de Concepción, la tercera fundada en el Nuevo Extremo.

Entre sus primeros encomenderos encontramos a un Vicencio del

Monte, de casa noble, sobrino del Papa Julio III; a un letrado, el Bachiller en Leyes Antonio de las Peñas; al propio gobernador don Pedro de Valdivia que se reservó los indios y tierras comprendidos entre el Andalién y el Bío Bío. Junto a ellos, algunos de oscuro origen, como lo fue un ex esclavo, el negro Juan Valiente.

Este había sufrido la ignominiosa condición en la Nueva España, como propiedad de Alonso Valiente. De ella consiguió evadirse y arribó a las tierras de la riqueza: Perú, desde donde se proyectaba la acción conquistadora hacia ignotas regiones, todas ellas prometedoras de nuevas y mayores riquezas. Por eso Valiente no vaciló en enrolarse en la expedición descubridora de Almagro, debiendo rumiar el sabor del retorno en el fracaso.

Pero el ex esclavo negro no era hombre que se dejara amilanar por los infortunios y por ello, años más tarde, estuvo entre los expedicionarios que salieron con Valdivia en demanda de la Conquista de Chile. La columna partió del Cuzco, en enero de 1540, con un número menor de 10 hombres, entre los cuales iba Valiente, no como criado de Valdivia, como se ha sostenido, sino en calidad de soldado libre llevando armas e incluso un caballo rucio que valía más de mil pesos.

La hueste se engrosaría después con nombres que se incorporaron en Tarapacá, Atacama la Grande (San Pedro de Atacama) y Copiapó, hasta conformar un número aproximado de 150 expedicionarios, más unos 1.000 indios yanaconas, que arribaron al valle del Mapocho.

Establecidos ya en el valle donde se fundó Santiago, Valiente fue encargado de una misión de suma importancia. Junto a otros españoles debía vigilar el trabajo en los lavaderos de oro que empezaban a explotarse en Marga Marga y la construcción de un barco en Concón que asegurara la comunicación con Perú. Las exigencias excesivas del trabajo despertaron la reacción de los indígenas que quisieron liberarse de ellas dispersando la fuerza de los vigilantes españoles. Conociendo ya la codicia de éstos trataron de atraerlos a una emboscada mostrándoles una olla de greda repleta de pepitas de oro y prometiéndoles llevarlos a la supuesta fuente donde manaba el preciado metal. El cronista Jerónimo de Quiroga afirma que fue Valiente el único que desconfió y en su recelo habría dicho en la forma más castiza de los conquistadores: "Mal me huele esta olla; pliegue a Dios no esté el diablo en ella". Su espíritu sagaz salvó al negro, puesto que de la argucia indígena sólo escaparon él y Gonzalo de los Ríos.

Los servicios y valor del ex esclavo lo hacían merecedor a las recompensas con las que se gratificaba a aquellos que se incorporaban a

las empresas de conquista. Así fue Valiente uno de los vecinos de Santiago a quienes se gratificó con chacras. Escasa recompensa para un hombre que a despecho del color de su piel veía abrirse un amplio horizonte para su aventura.

Por ello no fue extraño que se integrara a la prosecución de la Conquista hacia el sur y aún antes de fundarse la ciudad de Concepción, Valdivia lo hizo uno de sus vecinos —encomenderos por Cédula de 20 de abril de 1550, en virtud de la cual se le entregaron en repartimiento los indios de Toquigua, entre los ríos Maule y Ñuble “por ser casado y haber mantenido su casa, mujer y persona con toda honra”, según rezaba la Cédula de encomienda. Aquel del color del barro se transformaría en uno de los principales vecinos de la nueva ciudad: “Había logrado trocarse de esclavo en amo con indios tributarios y cambiar su vil condición por las prerrogativas y preeminencias de los vecinos feudatarios” (Thayer Ojeda, Tomás, Formación de la Sociedad Chilena).

Valiente trató de legalizar su nueva situación y aprovechando el viaje del contador Esteban de Sosa, otro de los beneficiados con encomienda en Concepción, le entregó una importante suma para que diligenciara su libertad. Del destino final de esos dineros no se supo, pero sí estaba al tanto de los progresos económicos del antiguo esclavo, el que había sido su dueño, don Alonso Valiente, quien logró un dictamen para que fueran requisados los bienes de Juan Valiente y les fueran a él entregados, ya que de acuerdo a las disposiciones vigentes los bienes de un esclavo fugado pertenecían al dueño. Cuando el representante de Alonso Valiente, Francisco Vásquez de Eslava, llegó a Chile en el séquito de Hurtado de Mendoza, Juan Valiente había dejado su vida junto a la de Valdivia en Tucapel a manos del ímpetu indomable de los hombres de Arauco.

Como descendencia dejó dos hijos habidos en Juana Valdivia, probablemente esclava del Gobernador, que habría obtenido su libertad para casarse. El primero de ellos, Pedro, sucedió a su padre en el disfrute de la encomienda, siendo despojado de ella por Hurtado de Mendoza, aunque luego fue restituido por resolución de la Audiencia de Lima. Sin embargo, las tribulaciones del joven heredero no terminaron ahí, ya que el sucesor de Hurtado de Mendoza, Francisco de Villagra, lo volvió a despojar, argumentando que por haber sido esclavo, su padre no pudo ser legítimamente encomendero. En el mismo predicamento, un nuevo gobernador, Pedro de Villagra, primo del anterior, encomendó los indios de Toquigua a Diego de Aranda. Se

suscitó un pleito entre Aranda y Pedro Valiente por los años 1566. El alegato del primero se basó en la dudosa paternidad de su oponente, ya que éste había nacido seis meses después de muerto su padre. Pero más fuerza que esa paternidad dudosa parecían tener otros argumentos de Aranda: que Pedro Valiente habría escapado del campo español para vivir dos años entre los indios y, además, ¿cómo podría ser encomendero quien había trabajado en oficios viles como el de cuidar caballos “o en cosas que los de su color y calidad se suelen ocupar”? En lo referente a oficios viles, Aranda le acusaba de andar “cosiendo en casa de algunos oficiales de sastre”.

Con todo, finalmente, considerando los valiosos méritos y servicios del compañero de Valdivia, se ordenó devolver la encomienda al menor Pedro.

Sin duda, la historia del ex esclavo abunda en aspectos anecdóticos. Pero, más allá de los acontecimientos, ella nos ilustra acerca del modelo de sociedad imperante en la Conquista, que ha sido destacado por modernos investigadores. Los límites de los comportamientos sociales eran líquidos, posible de franquear por aquellos que sin alcurnia podían hacer valer el mérito de sus obras. La tierra aún no tenía valor, económicamente sólo importaban los brazos indígenas que reportaban la riqueza aurífera. Sólo quienes llegaban a encomenderos disponían de ellos. Sin embargo, las encomiendas se daban y quitaban y la estructura social en sus inicios fue sumamente móvil. Pero, en último término, según hemos visto en el caso de Valiente, predominaba el profundo sentido de justicia al menos dentro del ámbito hispano, para beneficiar a quienes habían dejado todos sus esfuerzos e incluso la vida en la conquista de nuevos territorios para el Rey español. El mérito se proyectaba a los descendientes.